

¿POR QUÉ SE REHACE LA HISTORIA? ¹

Valentín Letelier

RESUMEN

El texto que ahora mostramos es una parte de la presentación que el autor hizo en 1886 a un concurso de ensayos de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile; entregándose sólo la segunda y tercera parte del ensayo. En estas líneas se transita sobre el avance que tiene que poseer la historia en su constante devenir; utilizando los argumentos retóricos y metodológicos propios de la época, mostrando como en su época ya la historia había pasado por distintas etapas y debía continuar avanzando para constituirse en ciencia. Concluye con la proposición que él hace como desarrollo de la historia, resaltándose los elementos positivistas que comenzaban a ocupar a las ciencias sociales, la interpretación y la vinculación con la sociología. Lo que se busca es transformar a la historia en ciencia.

DE LAS MODIFICACIONES DE LA HISTORIA

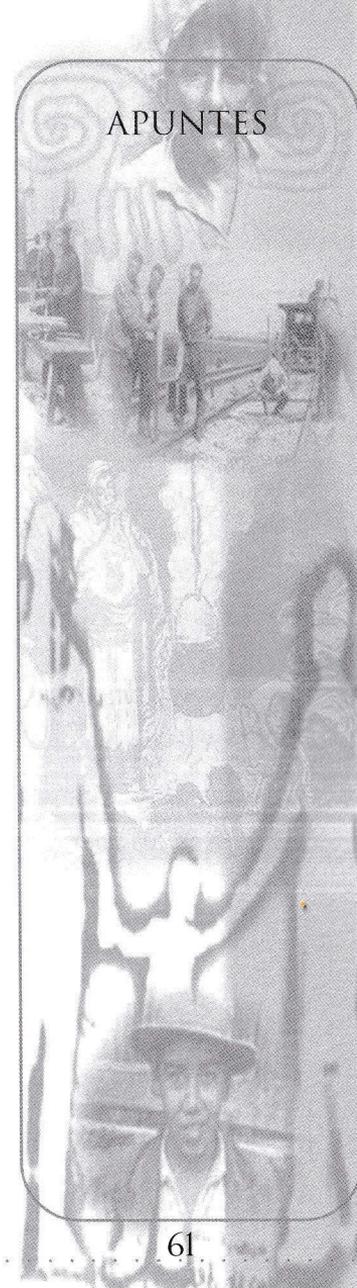
Se infiere que la Historia tal cual ha sido escrita en los tiempos pasados, adolece de tales defectos que se puede decir es todo uno, corregirla de ellos y convertirla en ciencia².

Hemos visto, en efecto, en las páginas precedentes que las antiguas obra históricas dan como reales hechos esencialmente imaginarios, y por tanto carecen de verdad; no sugieren idea alguna del conjunto de las sociedades humanas, y por tanto carecen de generalidad; no manifiestan las relaciones que ligan a los fenómenos sociales, y por tanto carecen de continuidad; ni estudian más que la forma externa o política de los pueblos, y por tanto carecen de profundidad. Carecen, en una palabra, de cuatro caracteres esenciales de toda ciencia.

Infiérese igualmente que los defectos notados en las antiguas obras de Historia provienen principalmente de que los autores mismos no tuvieron criterio científico para discernir la verdad, ni libertad para buscarla y decirla, ni medios eficaces de investigación para descubrirla y comprobarla.

Es subentendido que de las obras históricas, sólo las primeras que se compusieron en la antigüedad y en la Edad Media aparecen afeadas por todos los defectos indicados. En las compuestas posteriormente, al contrario, se nota una manifiesta tendencia a corregirlos más y más y a convertir la Historia misma en un verdadero sistema científico.

Averiguado, pues, lo que la Historia fue en lo pasado, indaguemos lo que propende ser en lo presente, reservándonos fijar en una tercera parte lo que ha de ser en lo futuro.



DE LA IMPARCIALIDAD HISTÓRICA.

Mas, para efectuar con acierto la indagación propuesta, necesitamos prepararnos armándonos de un criterio de perfecta imparcialidad científica.

En medio de la vivísima contienda trabada desde hace siglos entre cien diferentes sistemas filosóficos que se considerara disputan el predominio del espíritu humano, todos ellos, aun los más disparatados han propendido a imprimir un sello particular a las obras del entendimiento, y por tanto, a modificar el criterio histórico y a renovar sobre bases especiales la Historia misma. Nuestra tarea en presencia de esta lucha debe ceñirse a exponer los hechos tales cuales han ocurrido, en forma que si se encuentra razón para deplorarlos, no se la tenga para negarlos.

Uno de los caracteres que más distinguen a la verdadera ciencia es que ella no dogmatiza a semejanza de la teología, ni critica a semejanza de la metafísica, sino que expone hechos sin curarse de si ellos son o no contrarios a tales o cuales teorías preconcebidas, e infiere conclusiones sin atender a las consecuencias sociales que puedan derivarse. Aun las discusiones que suelen llenar ciertos tratados científicos no son procedentes sino respecto de aquellas ramas del saber que se encuentran todavía en estado de hipótesis. Pero en general la ciencia misma no toma partido ni a favor ni en contra de escuela alguna y se muestra en todo caso adornada de aquella suprema serenidad que es propia do todo poder que se juzga a sí mismo irresistible e infalible.

Por lo que a nosotros toca, reconociendo como reconocemos la imperfección de que los estudios sociales adolecen todavía, creemos que ya es dable juzgar las doctrinas históricas con criterio realmente científico, en forma que no se puedan tildar de parciales los juicios que emitamos sobre ellas aun cuando haya de pecar por errónea la que más adelante de nuestra propia cuenta expongamos. A lo menos, podemos asegurar que nos proponemos llevar la presente memoria a término con la misma calma imperturbable con que la hemos traído hasta el punto en que nos encontramos, sin criterio preconcebido, sin más ánimo que el de descubrir la verdad, pese a quien pese, sin que el miedo nos haya arredrado una sola vez, aun cuando la duda nos haya hecho vacilar algunas, pero también sin que el odio haya envenenado nunca nuestra pluma.

LOS CAMBIOS FILOSÓFICOS MODIFICAN LA HISTORIA.

Y desde luego, entrando de lleno en la segunda parte de nuestra tarea, observemos que la primera causa de las renovaciones que la Historia ha experimentado han sido los cambios filosóficos operados en las sociedades occidentales.

Antes de que se descubran, en efecto, las explicaciones científicas de los fenómenos, cada cual los interpreta según la filosofía con que los estudia, porque a diferencia del sabio que amolda su criterio a los hechos, los autores teológicos y los metafísicos se empeñan por encuadrar los sucesos en criterios preconcebidos. De esta manera, la Historia muestra fisonomías diferentes a medida que los sistemas religiosos y metafísicos se suceden en las sociedades, y en el transcurso de los siglos se rehace en cien formas diferentes y no adquiere fijeza en ninguna.

Cuando los bárbaros derribaban el que hasta entonces había parecido sagrado edificio del Imperio Romano, ya lo veis (decían los autores paganos) los dioses olvidados y ofendidos por la conversión de los pueblos al cristianismo, nos abandonan a nuestra propia suerte; mientras Júpiter, Juno y Marte han presidido nuestros destinos, Roma no ha dejado de triunfar y de extender su imperio; ahora cuando sus altares están desiertos y demolidos sus templos, ellos nos entregan en manos de nuestros enemigos.

Pero entonces aparece San Agustín y en su Ciudad de Dios prueba que bajo el amparo de los dioses paganos, Roma sufrió contrastes como los sufría después de haber confesado al Dios verdadero; que la Providencia manda desgracias a todos los mortales, a los pecadores por vía de castigo y a los justos para que se acostumbren a mirar la tierra como mansión transitoria y aborrecible: y por último, que las invasiones de los bárbaros son penas que la Justicia divina inflige al Imperio en punición de los vicios que corroen la sociedad romana³.

De esta manera, unos mismos hechos históricos son interpretados, explicados y aun expuestos diversamente por los sistemas antagónicos de religión o de filosofía que se disputan el predominio del espíritu, pues hasta ahora sólo la ciencia ha mostrado poseer ese don inapreciable de sugerir explicaciones únicas y exclusivas, esto es, que suplantán a todas las otras y se imponen a todos los entendimientos.

Pero los cambios religiosos han influido de una manera mucho más eficaz en la renovación de la Historia despertando y estimulando el espíritu de duda.

En las sociedades atrasadas, en efecto, el sentimiento religioso es tan vivo que, los hombres creen en la existencia de los dioses extraños tanto como en la de los propios: y por lo mismo, el historiador no osa negar los prodigios atribuidos a las divinidades extranjeras que son análogos a los atribuidos a las divinidades nacionales. La Biblia habla a cada momento de los dioses ajenos en la inteligencia de que son seres tan reales como el dios de Israel, y refiere con igual tono de veracidad los milagros de los profetas, los prodigios de los sacerdotes egipcios y los oráculos de las pitonisas. El mismo San Agustín creía en la realidad de los milagros, prodigios y oráculos que las tradiciones y las historias paganas contaban.

Bien pronto, sin embargo, comprendió la iglesia cristiana que de entre los hechos correspondientes al orden religioso se podían negar aquellos que se atribuían a las divinidades paganas sin debilitar los fundamentos del cristianismo. Mientras se respetasen aquellos que eran obra de los profetas de Jesucristo y de los santos, parecía ser,



por la inversa, que mediante la negación de los otros, sola y exclusivamente la religión cristiana quedaba descansando en una base de sucesos sobrenaturales.

Entonces, a fin de dejar los unos expuestos a la crítica y de poner a salvo los otros, la Iglesia dividió la Historia en dos ramas, la sagrada y la profana; e incorporó en la primera, a título de adquisiciones definitivas, todas aquellas leyendas y tradiciones que sirven de fundamento al culto, al dogma y a la moral del catolicismo. Esta división, esencialmente metafísica en cuanto supone que el desarrollo social se ha efectuado parte a virtud de unas leyes y parte a virtud de otras, ha prestado no obstante en lo pasado grandes servicios estableciendo la libertad de las investigaciones en un vastísimo campo de la Historia.

LA INCREDULIDAD DESTRUYE LAS FÁBULAS Y LEYENDAS PRIMITIVAS.

Mas, era claro que el respeto por la historia sagrada no podía durar más tiempo que el que las sociedades emplearan en emanciparse de la autoridad eclesiástica.

Era igualmente claro que abierta la discusión sobre sucesos del paganismo atestiguados por la Historia y las tradiciones, ella se había de extender tarde o temprano a los sucesos sagrados, que también descansan en las tradiciones y en la Historia. Como quiera que la humanidad es una, alguna vez se había de comprender que la Historia debe ser respectivamente una, que todos los sucesos se deben estudiar con un mismo criterio, que todos han de estar sujetos a unas mismas leyes.

Por otra parte, en virtud de la mayor ilustración que hay en las sociedades contemporáneas; la religión se conserva más por el convencimiento de su conveniencia o de su verdad que por el testimonio de los hechos; el espíritu religioso no se siente ni muy debilitado ni muy ofendido por la discusión de algunos de ellos, y la incredulidad puede estudiarlos, apreciar su verosimilitud y su efectividad, y aun dudar de ellos y negarlos sin suscitar cóleras realmente temibles.

Esta relativa tolerancia, que se desarrolla a medida de la cultura general, ha dado alientos desde el siglo pasado a la incredulidad para rehacer con su propio criterio toda la Historia, para suprimir en conformidad a él todos aquellos sucesos que por ser de carácter sobrenatural, no caben en la concepción materialista del mundo y para explicar naturalmente todos aquellos que por ser posibles, se han podido efectuar sin intervención de los dioses.

Se atribuye a Voltaire, padre de la incredulidad contemporánea, el haber compuesto la primera obra histórica sin valerse de la máquina sobrenatural para explicar los sucesos humanos⁴; y la Vida de Jesús por Strauss,

que reducida cuando apareció la primera vez a una mera crítica de los hechos evangélicos, ha tratado en las últimas ediciones de reconstituir la biografía del augusto fundador del cristianismo, se puede presentar como el modelo más notable de la osadía con que la incredulidad ha penetrado en el terreno de la historia sagrada y del criterio con que la estudia, la interpreta y la escribe.

LAS CIENCIAS FORMAN EL CRITERIO POSITIVO.

En general, sin embargo, la incredulidad religiosa no ha producido así en filosofía como en Historia más que puro escepticismo; obras negativas que han tenido por objeto destruir la veracidad de las tradiciones, de las leyendas y de las creencias antiguas más bien que reconstituirlas en un ser nuevo. Ha incumbido a la ciencia la tarea de restaurar en su ser probable los orígenes de las sociedades y todos aquellos sucesos que desfigurados por la tradición y por la teología, han sido negados por el escepticismo.

De dos maneras diferentes han conspirado las ciencias a renovar la Historia, porque a la vez han formado el criterio positivo de los historiadores y les han suministrado nuevos y más eficaces medios de investigación.

En cuanto al primer término, sábese efectivamente que en las sociedades cultas, las ciencias han llegado a dominar todos los órdenes de la actividad y del pensamiento. Todo lo que es observable y conocible ha sido sujeto a ellas, y fenómenos numerosísimos que hasta ayer carecieron de explicación o que se explicaban atribuyéndolos a la divinidad han sido sometidos en los últimos cuatro siglos a leyes inmutables. El rayo no es ya arma de Júpiter o de Jehová; él estalla sobre la cabeza del inocente y del culpable como efecto de una ciega explosión eléctrica. Y las epidemias ya no son plagas ineludibles enviadas por la ira del Omnipotente; son desarrollos microbios, ocasionados por la violación de los preceptos higiénicos y evitables mediante la oportuna adopción de precauciones profilácticas.

Bajo de cierto respecto, podemos decir que esta preponderancia adquirida paulatinamente por la ciencia, es el carácter más resaltante que distingue a las sociedades más cultas de las más atrasadas, porque si en éstas todo parece sobrenatural, en el sentido de que todo se atribuye a seres superiores e invisibles; en las otras, al contrario, todo es natural, en el sentido de que todo se explica atribuyéndose a leyes generales.

Ahora bien, se ha hecho una observación que todos podemos comprobar en la Historia, aun cuando muchos lamenten el hecho mismo, y es que la intervención de los dioses en la naturaleza, se ha amenguado en la misma medida en que se han descubierto las leyes de los fenómenos y vulgarizado su conocimiento. Según lo notó Vico, “el ignorante atribuye a Dios aquellos fenómenos naturales cuyas causas ignora”; y Santo Tomas había enseñado antes que “la palabra milagro viene de admiración, y que la admiración se siente siempre que se ve un efecto cuya causa se ignora”⁵.



De aquí proviene que toda nueva explicación científica viene a suplantar a una antigua explicación teológica, en forma que el varón docto de las sociedades cultas no ve la mano de la Providencia en muchos casos en que la ve el varón de las sociedades atrasadas, y el uno conceptúa ser fenómenos naturales hechos que el otro conceptúa ser sucesos milagrosos.

Mediante esta paulatina suplantación de la teología por la ciencia en el estudio de los fenómenos físicos, el historiador contemporáneo ha podido formarse un criterio positivo y educarlo en el estudio de la naturaleza para juzgar sanamente los sucesos del pasado. El conocimiento de las leyes generales de la cosmología le ha hecho comprender que no todo lo imaginable es posible, ni ha podido suceder todo lo que las obras antiguas cuentan. Convencido de la intrínseca inmutabilidad de las leyes naturales, ha discurrido que los prodigios, los milagros y en general los trastornos del orden cósmico se deben tener más bien como creencias subjetivas de los antiguos que como sucesos reales y externos de las sociedades. Y dotado de mejor criterio para juzgar la posibilidad objetiva de los hechos, ha descubierto la absoluta inverosimilitud de algunas narraciones, y ha creído necesario acometer la magna tarea de rehacer la Historia despojándola de aquellos que conceptúa imaginarios y fabulosos. Así es como el inglés Grote, el alemán Mommsen y el francés Renan han reconstituido respectivamente, hasta donde ello es dable, la historia primitiva de Grecia, de Roma y de Israel sin tomar para nada en cuenta aquellos sucesos que no cuadran con el criterio positivo. Así es también como los señores Amunátegui y Barros Arana han rehecho la historia colonial de nuestra patria sin mencionar los numerosos milagros apuntados en las crónicas antiguas.

LAS CIENCIAS SUMINISTRAN MEDIOS EFICACES DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA.

Pero el criterio contemporáneo sobre ser mejor y gozar de más libertad, dispone de más numerosos y más eficaces medios de investigación para llegar a la verdad sin descarriarse.

En lo antiguo, como queda dicho, no había más fuentes históricas que la tradición oral y el testimonio personal. Los historiadores que vivían en una época determinada, no tenían medio alguno de comprobar las narraciones de sus antecesores y las tradiciones nacionales, y estaban condenados a aceptarlas como verdaderas so pena de quedarse sin Historia. Aun las conmemoraciones religiosas que siempre se tuvieron como testimonios palpables de la realidad de ciertos acontecimientos no prueban, según el común sentir de los etnógrafos, sino que a la sazón en que se celebraban se creía generalmente en ellos.

En nuestros tiempos, por el contrario, se han descubierto procedimientos de investigación histórica y social absolutamente desconocidos por la antigüedad. La tendencia a comprobarlo todo, que las ciencias naturales han desarrollado, ha ganado también al estudio de los fenómenos sociales.

La estadística, los archivos públicos, las cartas de amistad, los papeles de familia y hasta los libros de cuentas y de bitácora se buscan, se escudriñan y se estudian por los historiadores con el fin de adquirir cabal noticia del espíritu de los tiempos y del desarrollo de los sucesos.

Aun más, porque el orden social es el más complejo de la naturaleza, se ha comprendido que no se puede estudiarlo con acierto sino empleando métodos de precisión y delicadeza mayores que las de los métodos empleados en cualquiera otro orden, y al efecto valerse de todos los medios de observación y comprobación que la ciencia descubra y el arte cree. Por eso, no hay a la sazón entre los grandes historiadores, ni uno solo que acepte las leyendas y las tradiciones del pasado, si no es como creencias de los antiguos, antes que una seria investigación comprobatoria ratifique su realidad histórica y las convierta en sucesos reales y verdaderos.

Cuando las hordas bárbaras que invadieron el Imperio de los Cesares se hubieron convertido a la cultura evangélico-romana, cada una de ellas empezó un trabajo lento y espontáneo de renovación de sus tradiciones con el objeto de ligar la historia nacional a la historia de aquellos pueblos cuya civilización heredaban. Como quiera que no conservaban recuerdo de su existencia anterior, existencia bárbara, sin monumentos, sin escritura, sin artes, sin medio alguno de perpetuación histórica, trataron de, explicársela injertándose de un modo u otro en la vida de aquellos Estados antiguos cuyo desarrollo venían ellas a continuar asimilándose la cultura que los distinguía entre todos. Según Buckle, durante varios siglos se tuvo por puntos averiguados que los franceses descendían de Francus y que Francus había sido hijo de Héctor; que los bretones descendían de Bruto, y Bruto, de Eneas; que la capital de Francia había tomado su nombre de Páris, hijo de Príamo; que la Silesia debía el suyo al profeta Eliseo, y la Escocia a Scota, hijo de un faraón egipcio⁶.

Todas estas fábulas eran incorporadas en la Historia por los autores medievales porque era lo que se creía a la época en que ellos componían sus obras. Pero a los historiadores contemporáneos no basta que los pueblos crean en la realidad de un suceso, siquiera fuese a pies juntillas, para darle cabida en la Historia a título de acontecimiento real y positivo. Les es menester saberlo, y respecto de las leyendas apuntadas, las desechan como fábulas impertinentes porque no encuentran monumentos que las testifiquen, porque la antropología niega la identidad de



razas, porque la arqueología no prueba que la civilización que floreció en el Lacio y mas tarde en toda Europa fuese la misma que se extinguió en Troya, etc. De una manera general podemos decir en conclusión que desde Voltaire es opinión común de los etnógrafos que ningún pueblo primitivo ha conocido sus orígenes y que son puras imaginaciones aquellos que se refieren en las antiguas obras históricas.

DE CÓMO ALGUNAS CIENCIAS SIRVEN A MODO DE INSTRUMENTO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA.

Pero el estudio del punto que venimos tratando es de tanta importancia para comprender la radical renovación que la Historia experimenta en nuestros días que acaso no se tomará a mal el que insistamos brevemente en él para dilucidarlo con mayor claridad.

El empleo de ciertas ciencias extrañas a la misma Historia a manera de instrumentos de investigación histórica no se practicó nunca en lo pasado, cuando las ciencias mismas a que aludimos no se conocían ni de nombre. Por lo mismo, estos nuevos procedimientos investigatorios han propendido en general a pulverizar todas aquellas leyendas y tradiciones que se han formado e incorporado en la Historia antes de ser por ellos comprobadas.

Han notado, por ejemplo, los lingüistas que algunas de las ideas más elementales de la existencia, verbigracia *doy, soy, padre*, etc., tienen en el latín y en el griego raíces comunes cuyo significado primitivo sólo se explica en sánscrito; y de aquí han concluido naturalmente que los tres pueblos tuvieron un origen común hindú y que al tiempo de la separación, la familia estaba ya hasta cierto punto organizada. Así mismo, han notado los lingüistas que los nombres de los granos de cultivo son del todo diferentes en las tres lenguas; luego (han concluido otra vez) al tiempo de la emigración, todavía no se cultivaban los cereales, esto es, todavía no se había llegado a la vida sedentaria o agrícola. Por último, han notado también que los nombres de casi todos los animales domésticos, como ser *buey, caballo, oveja, can, ganado, puerco*, etc., tienen unas mismas raíces en las tres lenguas; de donde se ha inferido que cuando los tres pueblos componían uno solo, ya se había llegado al estado pastoral⁷.

Por supuesto, conclusiones como las que preceden se podrían tildar de prematuras si antes de comprobarlas se intentase ofrecerlas como algo más que simples inferencias. Pero si ellas son confirmadas por otras ciencias, verbigracia por la etnología y la paleontología, ramas independientes de la lingüística, que emplean métodos diferentes, entonces adquieren nuevos grados de probabilidad y no hay tradición alguna que pueda prevalecer contra ellas.

Mediante procedimientos análogos, aplicando al estudio de la Historia las enseñanzas de ciencias ignoradas en lo pasado, se ha llegado a pulverizar algunas de aquellas antiguas leyendas que parecían mejor fundadas, a comprobar tradiciones vagas que parecían poco verosímiles y a reconstituir en sus lineamientos generales la vida primitiva de algunos pueblos.

Recogiendo con solícito afán los más insignificantes restos arqueológicos, buscando con tesón en las entrañas de la tierra alguna oxidada moneda para descubrir algún leve indicio histórico, exhumando ruinas portentosas anteriores a toda tradición conocida, interpretando mitos primitivos, descifrando inscripciones y jeroglíficos, reconstituyendo lenguas extintas para traducir unas pocas palabras, determinando por analogía en las sociedades salvajes de nuestros días los caracteres generales de las sociedades primitivas del humano linaje, arrebatando a las tumbas de los muertos el secreto de la vida pasada y poniendo a contribución todas las ciencias inferiores, el historiador contemporáneo ha rectificado, deshecho o afianzado algunas de las narraciones más populares, y a la vez ha descubierto entre las tinieblas de las primeras edades un mundo que no ha dejado huella alguna en la Historia, un mundo antiguo de que la Antigüedad misma parece no haber tenido la menor noticia. Según es la exactitud de estos métodos, no se puede tener por paradójal el decir que en nuestros días se sabe más de la historia antigua que en la misma antigüedad, y que Grote conoció la historia griega mejor que Tucídides, y que Mommsen conoce la de Roma mejor que la conoció Tito Livio.

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

Pero suponiendo ya al historiador contemporáneo dotado de un criterio más positivo y de más eficaces métodos investigatorios, aun cabe averiguar si la Historia ha de ser una o si ha de haber tantas cuantas naciones, ciudades y personajes notables han existido.

Los historiadores antiguos y los medievales resolvieron el punto, según queda demostrado, en conformidad al segundo termino; y aun en los contemporáneos persiste una irracional tendencia a explicar los fenómenos de cada sociedad por causas diferentes de las que explican las de otras sociedades.

Mas, un afamado filósofo alemán ha dicho que de todos los seres sometidos a la dura ley del aniquilamiento orgánico el hombre es el único capaz de adquirir nociones de los tiempos anteriores a su existencia⁸. Agregaremos también que no hay otro tan capaz como él de adquirir nociones de sucesos que por verificarse a la distancia, no se pueden percibir por la observación personal directa.



Por esto, parece que no comprendiera en toda su extensión tamaño privilegio de su naturaleza racional cuando a semejanza de los antiguos se dedica al estudio de tiempos, de personajes o de acontecimientos particulares. Y por el contrario, es dar al humano espíritu la más amplia aplicación posible el dilatar la mirada por sobre todas las edades y naciones, no contemplando períodos y pueblos en particular sino para descubrir y comprender mejor, mediante el método comparativo, las formas históricas del desarrollo social. La humanidad, entonces, ante la mirada atónita del observador, semeja y es una entidad colectiva, única e indivisible que deja sin debilitarse ni detener su propio crecimiento que pasen los hombres y las generaciones, los pueblos y las razas, los sistemas y las instituciones. La ruina de los más grandes Estados, de las más populares religiones, de las más antiguas instituciones, ruina que a los contemporáneos ha parecido a veces precursora de inevitable y universal cataclismo, no tiene en la Historia de la humanidad más importancia que la que tiene en la vida ordinaria del hombre, para valernos de una comparación vulgar, el simple cambio de un vestido viejo por uno nuevo.

Para llegar a abarcar este inconmensurable panorama, algunos autores contemporáneos han probado a componer la Historia universal disponiendo en un solo cuerpo todas las historias particulares o especiales del pasado. Según este plan, la Historia debería ser la relación cronológica de todos los sucesos de todos los pueblos. Estrictamente hablando, debería aun comprender las biografías de los mil doscientos millones de hombres que pueblan el globo; pues la limitación de los estudios históricos a los principales sucesos y personajes es esencialmente arbitraria, impuesta por la necesidad material de circunscribirlos dentro de algún círculo reducido para poder darles remate.

En realidad, comprendida así la Historia, caben dentro de ella y la integran todos los trabajos monográficos y biográficos imaginables, y en esta forma, adquiriría tales dimensiones que no habría vida para alcanzar a leerla cuanto menos para alcanzar a componerla. La parte que en ella comprendiera, por ejemplo, a cualquier pueblo europeo, aun sin tomar en cuenta más que las historias de las ciudades, de las familias y de los personajes más notables, podría extenderse sin esfuerzos extraordinarios hasta ocupar centenares de volúmenes.

Ante tamaña dificultad material, los historiadores se han arredrado y han reducido la Historia Universal a un compendio más o menos sucinta de los principales acontecimientos. Es lo que ha hecho, verbigracia, el italiano Cesar Cantú, su Historia Universal, completada por su Historia de Cien Años, es una de las más voluminosas que se han compuesto; y sin embargo, la Historia de Chile, que escrita por don Diego Barros Arana, va a constar de diez a doce grandes volúmenes, no abraza allí mas de unas pocas líneas.

Prescindiendo de esta inevitable deficiencia, las sociedades europeo-americanas se han desarrollado en los tiempos históricos de manera tan independiente de las sociedades orientales, que en realidad la historia común de unas y otras no tienen más unidad que la del libro, pero el desarrollo del contenido se interrumpe a cada capítulo y en la narración se pasa de un pueblo a otro, como se pasa en una miscelánea de artículos varios, de una a otra materia.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

De esta suma dificultad, por no decir absoluta imposibilidad para componer la Historia universal según el plan indicado, ha nacido la idea de buscar en los acontecimientos algún principio general de causalidad que por ser propio para explicar todos los posibles, torne innecesario narrar todos los conocidos.

Sábese, en efecto, que en toda ciencia para descubrir una ley ignorada o para estudiar una descubierta no se necesita examinar todos los fenómenos atingentes, sino sólo ejemplos de todas las variedades y circunstancias que pueden ofrecerse. En la física, por ejemplo, se descubrió y se estudia la ley de la caída de los cuerpos sin que se tuviera ni se tenga ni se pueda tener noticia de todas las caídas ocurridas desde el principio de los tiempos en todas las partes del mundo. De la misma manera, se puede descubrir y enseguida estudiar las leyes sociales sin necesidad de conocer todos los sucesos de la Historia, averiguando las causas que los ocasionan.

Así, verbigracia, para estudiar el origen de los feudos medievales, Guizot no se pone a determinar en su *Histoire de la Civilisation en France et en Europe*, la manera como cada uno se constituyó, sino que averigua cómo la propiedad territorial se concentró en unas pocas manos, cómo se tornó indivisible e inestable y cómo se instituyó el derecho de primogenitura, necesario en aquellas circunstancias para formar un sistema social de defensa. Conocido esto, uno tiene una clave para explicarse la constitución de todos los feudos, por más que la forma en que dicha constitución se efectuó variase para cada caso conforme al carácter de los hombres y a las circunstancias locales.

Dentro de este sistema, entonces, todo ese inmenso trabajo de memorias, biografías, vidas, crónicas, relaciones e historias particulares no formarían por sí solo la Historia general, sino simplemente los elementos necesarios para componerla y comprobarla. Esa inconmensurable compilación de hechos, espontáneamente efectuada por la humanidad, sería una simple labor preparatoria destinada a servir de base a la constitución de la más compleja de las ciencias. Y la Historia misma dejaría de ser un estudio independiente e inconexo y se ennobleciría y asumiría el título y el carácter de lo que neológicamente se ha apellidado sociología⁹.

FILOSOFÍA HISTÓRICA DE LA BIBLIA.

Empero ¿existe realmente en la sociedad algún principio general que la conserve, que la desarrolle y que sea propio a explicar todos los acontecimientos?

De las obras antiguas, según hemos dicho, la única que muestra cierta tendencia a fundar la filosofía de la Historia es la Biblia. Por su doctrina moral e igualitaria del monogenismo, tan superior a la hipótesis con que Platón quiso explicar la desigualdad de las clases sociales, suponiéndolas derivadas de las diferentes partes del cuerpo de Júpiter; la Biblia es a la vez que la historia de Israel, el verdadero libro de la humanidad. Sobresale, así mismo,

APUNTES

su carácter esencialmente humano por la esperanza que en cada una de sus páginas infunde de que un día el imperio de Israel se extenderá sobre toda la tierra y reconstituirá bajo de su égida la humanidad, hasta entonces dividido a causa del pecado de Caín y sus descendientes.

Resplandece, por último, la Biblia a manera de un astro brillante entre las tinieblas de las primitivas edades por ser ella la primera concepción forjada para explicar los sucesos de la Historia. Para la Biblia nada ocurre en virtud de leyes generales; nada tampoco ocurre por casualidad; el hado, divinidad impenetrable e incognoscible, inventada por la filosofía griega para explicar aquellos sucesos cuyas relaciones de causalidad no se perciben, no existía para el mosaísmo. La Biblia, en una palabra, enseña que todo es obra de Jehová, Dios de Israel.

De esta manera de concebir y explicar la Historia, proviene aquel estilo especialísimo que la Biblia emplea y según el cual parecería que las intervenciones directas y personales de Jehová hubieran sido, a juicio de los israelitas mucho más numerosas de lo que ellos mismos quizá creían. Inspirada por su propia filosofía, la Biblia no deja que nada ocurra ni nadie obre sino en virtud de la voluntad divina. Nunca dice ella que tal o cual persona falleció por causa de tal enfermedad o de cual desgracia, sino que Jehová la llamó a sí para premiarla, o le envió la muerte para castigarla. Nunca dice que Fulano y Sutano resolvieron acometer tal empresa, sino que Jehová les inspiró o aconsejó que la acometieran. Y no refiere que los israelitas encontraron en su fuga de Egipto un fruto que no conocían, que se daba en el desierto y que les sustentaba, sino que Jehová envió un maná celestial a su pueblo. Para la Biblia, por consiguiente, nada es natural; todo es sobrenatural, o más propiamente hablando, lo sobrenatural parece en ella tan ordinario y corriente, que se confunde y es todo uno con lo natural.

Examinada esta doctrina con relación al inculto estado social y mental de los hebreos, no es dable revocar en duda que ella propendió a moralizarlos presentando todos los sucesos como premios o castigos de lo Alto, y a ennoblecer y expandir el espíritu nacional enseñando que por sobre los móviles particulares y las causas ocasionales predominaba un designio más elevado y mas general al cual debían concurrir todas las voluntades y todos los pensamientos.

Mas, por todos los otros respectos, la Biblia es una historia puramente local y deficiente; que abandona desde las primeras páginas a la mayor parte de la humanidad y no la menciona sino para maldecirla; que supone a la sociedad hebrea regida por principios diferentes de aquellos que rigen a todas las demás sociedades; y que sentando ser obra directa de Jehová todo el desarrollo histórico de Israel, no suministra clave alguna para explicar el desarrollo histórico de tantos y tantos pueblos en que Jehová no parece haber intervenido.

EL PROVINCIALISMO DE BOSSUET.

Un teólogo moderno, el afamado obispo de Meaux, se empeñó por descubrir esta clave desarrollando sin contradecir las antiguas escrituras la hipótesis que se ha llamado del Providencialismo.

Cuando Bossuet apareció en escena, el título de católico universal, que el cristianismo adoptó en el segundo siglo para indicar que la fusión de sectas entonces operada comprendía a todos los cristianos, había pasado a significar desde siglos atrás que aquella religión se extendería a todo el mundo y sujetaría todas las naciones a su sola ley. A la sazón, ella dominaba absolutamente en Europa, había arrebatado la América al paganismo y a la barbarie, y había puesto pié derecho en África y en Asia. La extensión de la influencia cristiana prestaba autoridad a aquella antigua tradición, según la cual la doctrina evangélica había de suplantar un día en todo el mundo a todas las otras religiones, y a la vez la historia del cristianismo parecía tender abiertamente a confundirse con la Historia universal.

A esto se agregaba que los padres cristianos, y sobre todo el gran San Agustín habían demostrado la continuidad del desarrollo social poniendo de manifiesto, humanistas distinguidos como fueron, las grandes analogías de la filosofía cristiana con la filosofía griega. La misma doctrina bíblica del monogenismo, sentada dogmáticamente y con fe inquebrantable sostenida por la Iglesia, llevaba a pensar que la humanidad es una y una deben ser su ley y su Historia.

Por último, hacia los tiempos de Bossuet, las ciencias naturales habían ya regularizado fenómenos que, como la caída de unos cuerpos y la elevación de otros, parecía ser que no se habían de poder someter a una sola y misma ley; y los ingenios superiores empezaban a interrogarse sobre si los fenómenos sociales, aparentemente tan inconexos, no obedecerían también a un orden cualquiera todavía no descubierto.

Tales fueron los principales antecedentes de las primeras hipótesis que se forjaron en la Edad Moderna sobre la filosofía de la Historia, entre las cuales la de Bossuet no ocupa el último lugar ni por orden de procedencia ni por orden de mérito.

En su Discurso sobre la Historia Universal, el célebre teólogo galicano traza a grandes y magistrales pinceladas un cuadro, por decirlo así, sinóptico de la vida de aquellos pueblos antiguos que pueden conceptuarse directos precursores de la civilización europea. Acumula en breves páginas con admirable artificio los principales acontecimientos anteriores a la era cristiana, y suponiéndolos causados por un poder sobrenatural, los hace converger al cumplimiento de un gran designio de la Providencia.

Según Bossuet, toda la antigüedad fue encaminada desde la caída original del hombre a preparar la venida del Salvador del mundo, y toda la nueva era, hasta la consumación de los siglos, está destinada a difundir universalmente el evangelio divino de la verdad cristiana. Insiste particularmente Bossuet en probar la perpetuidad

APUNTES



de la religión católica, la cual (dice) se mantiene incólume desde el principio del mundo hasta nuestros días; y las mudanzas de los imperios, los cuales se han extinguido unos tras otros al punto de cumplir los designios del Omnipotente.

Tal es la hipótesis del Providencialismo descarnadamente expuesta. Ella constituye una de las primeras concepciones generales de la Historia que la Historia menciona, una de las primeras tentativas hechas para poner orden en los sucesos humanos. Al forjarla, Bossuet abarcó toda la humanidad de una sola mirada y concibió la unidad de la Historia; sentó la hipótesis del designio providencial uno y fijo y descubrió su continuidad.

Además, al acumular muchos de los grandes acontecimientos anteriores a Jesucristo como si se hubieran realizado con el fin determinado de facilitar la propagación del cristianismo abrió paso al descubrimiento del principio general de filiación según el cual en Historia todo estado social es a la vez la preparación del subsecuente y la realización del precedente.

Estudiada bajo este respecto, es nuestro sentir que la hipótesis del Providencialismo no merece el desdén con que Buckle la trata. Sin duda, se la puede tildar de haber violentado los sucesos de la era antigua para presentar al pueblo judío como el centro de irradiación de los demás pueblos y de haber respetado sin discusión la cronología forjada por los traductores de la Vulgata; de haber aceptado sin discernimiento las tradiciones mosaicas; de haber omitido manifestar la influencia que la filosofía griega ejerció en el cristianismo naciente; de no hacer ni siquiera mención de aquel gran pueblo situado entre el Indo y el Ganjes, que se ocupaba en sublimes especulaciones filosóficas, cuando los israelitas, “manchados de crímenes no eran más que una horda asaltante y nómada”; desadherir con alto desdén a Mahoma, el más grande hombre que el Asia ha producido, “uno de los más grandes que ha producido el mundo”, nobilísimo apóstol que difundió el monoteísmo entre millones de idólatras. Todas estas objeciones son quizá fundadas.

Aun podemos agregar que por el hecho de subordinar el curso entero de la Historia al triunfo del cristianismo, su hipótesis es radicalmente inadecuada para explicar la historia general del Asia y aun la historia moderna de Europa. Por eso al llegar el autor en su Discurso al triunfo de las herejías del siglo XVI, a la consolidación del protestantismo, y a la definitiva separación de numerosos pueblos; su poderoso espíritu, atónito y estupefacto, no sabe de qué manera explicarse racionalmente, como dice Littré, acontecimientos que juzga verdaderas aberraciones, y se imagina divisar en lo porvenir signos que anuncian la vuelta de las poblaciones descarriadas al seno de la Santa Iglesia. Pero explicar lo que sucede por lo que sucederá es valerse del recurso vedado de forjar hipótesis actualmente incorroborables y dejar en suspenso la veracidad de la explicación por lo menos hasta que las profecías se cumplan.

Con todo, la concepción del Providencialismo es un grande esfuerzo hecho por altísimo ingenio para ordenar el caos de la Historia; y si el espíritu humano no ha descubierto jamás la verdad en acto primo; si para llegar a ella ha tenido que pasar a través de hipótesis de las cuales las anteriores sirven de base a las posteriores, no es menor la gloria del que forja la primera, aun cuando ésta sea errónea, que la del que forja la última, aun cuando sea ésta la verdadera.

LA HIPÓTESIS DE LA CIRCULARIDAD DE VICO.

En sus principios de una Ciencia Nueva relativa a la naturaleza común de las Naciones, el filósofo napolitano Juan Bautista Vico se empeñó, a semejanza de su inmediato antecesor, por regularizar los sucesos y forjó una nueva hipótesis para explicárselos. Según ella, todas las naciones están providencialmente condenadas a girar en una órbita de hierro fijado por puntos matemáticos que se llaman nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y muerte. A cada revolución circular, adoptan ellas sucesivamente las formas aristocráticas, democráticas y monárquicas de gobierno, yendo así de lo más imperfecto a lo más perfecto. De consiguiente, aquellos trastornos políticos que de tiempo en tiempo ocurren en la Historia no son sucesos que perturben el orden general; son fenómenos que denotan el desenvolvimiento regular de la vida de los pueblos, y los cambios de instituciones que tanto alarman al espíritu conservador son consecuencias necesarias de las mudanzas que las sociedades experimentan al pasar de uno a otro período.

Tal es la armazón general de este célebre sistema conocido en la historia de la ciencia social con el nombre de sistema de la Circularidad. Pero prescindiendo de sus principios fundamentales, hay desparramadas a profusión en toda la obra nociones que en su tiempo hicieron adelantar gran paso aquella rama de nuestros conocimientos. Vico fue el primero, ha dicho un crítico suyo, que autorizó el uso sistemático de la duda histórica. Ninguno de los grandes historiadores griegos y romanos le inspira fe; y para estudiar el estado social de uno y otro pueblo, prefiere las obras de Homero y de Ennio a las de Heródoto y Tito Livio. Él fue también el primero que enseñó que las sociedades en su desarrollo van desde un estado en que la imaginación prevalece contra el raciocinio hasta otro en que el orden de las ideas concuerda con el orden de las cosas. Por último, fue aquel afamado filósofo uno de los primeros en descubrir la relatividad de las instituciones sentando que el gobierno procede de la naturaleza de los gobernados y debe ser conforme a ella.

Pero el carácter que más realza la hipótesis de Vico es su propensión a regularizar los sucesos sujetando los designios providenciales a obrar según reglas fijas y fatales. Bossuet también, es verdad, había supuesto que la historia es obra de un designio providencial eternamente fijo, pero había dejado a la Providencia misma libertad para realizarlo como más le pluguiera. Vico, por el contrario, la sometió a la ley de la circularidad. Su tentativa fue un gran paso dado hacia el descubrimiento de las leyes naturales de las sociedades.

Empero, la hipótesis de la circularidad, forjada casi exclusivamente para explicar los trastornos políticos, no manifiesta cómo a pesar de ellos, se conservan y se desarrollan los elementos sociales; los cuales, según hemos insinuado, jamás decaen ni se extinguen. Adolece, además, del grave defecto de respetar el fraccionamiento bíblico de la humanidad sentando que una parte de ella, a saber la generalidad de los pueblos obedece a la ley circular; y que la otra parte, el pueblo de Israel, se ha desarrollado según especialísimos designios de la Providencia. Por último, la hipótesis de Vico no concuerda con la historia, pues hay Estados como China que existen desde que la humanidad empezó a dejar recuerdo de sí misma; y entre los que han sucumbido, ninguno ha pasado regularmente por las fases que el sistema enumera, ni ha desandado ninguno en la decadencia el camino andado en el período del desarrollo.

Pero el vicio más grave de esta hipótesis es que ella induce en el fatalismo moral e histórico negando o desconociendo la influencia social de la acción humana. No es, por tanto, indiferente ni para la moral ni para la política el prescindir o no de esta hipótesis. Estudiando, verbigracia, los trastornos que ocasionaron la ruina de algunos Estados antiguos, llegamos a conclusiones determinadas si aceptamos que ellos estuvieron sujetos a la ley circular; y a otras muy diferentes si lo negamos. Negándolo, podemos llegar a sentar que aquellos sucesos fueron meramente incidentales, fáciles de prevenir, no imposibles de contrarrestar. Aun respecto de aquellas naciones que perecieron por obra más de vicios orgánicos que de causas extrañas, podemos idear los medios que oportunamente empleados las habrían salvado de la muerte. De consiguiente, el que los Estados antiguos sucumbieran no implicaría que también habían de sucumbir los modernos. La Historia en tal caso es una perpetua enseñanza y la experiencia de lo pasado sirve para preparar acertadamente el porvenir.

Por el contrario, si aceptáramos la hipótesis de la circularidad, tendríamos que aceptar igualmente que todas las naciones viven condenadas a perecer y que nada basta a impedir que desanden en el período de la decadencia el camino recorrido en el período del desenvolvimiento. La contramarcha (ricorso) sería tan inevitable como la marcha (corso.) La acción del hombre quedaría anulada ante la ley suprema de la circularidad, impuesta por la Omnipotencia absoluta e inmutable; y la historia misma sería una simple constancia de sucesos que se efectúan con la fatal regularidad de la mecánica celeste. La tentativa generosa de parar la decadencia de los pueblos aparecería, en fin, como una rebelión a la vez frustránea y criminal contra los decretos de lo Alto; y los preceptos de la Imitación de Jesucristo que mandan sufrir con paciencia los males en calidad de pruebas o castigos; y las prescripciones del clero

escocés que en el siglo XVII prohibía la curación de las enfermedades para no contrariar la voluntad divina serían la única norma racional de la humana conducta. En tal caso, sería mil veces preferible la hipótesis primitiva de una intervención divina constante y arbitraria, pero susceptible de ablandarse con oraciones y ofrendas.

HIPÓTESIS MATERIALISTA DE MONTESQUIEU Y DE BUCKLE

Urgidos por la necesidad de llegar prontamente a término, no nos detendremos a estudiar otros sistemas sociales que por admitir en el orden histórico la intervención actual de la Providencia, sublevan las mismas objeciones que prueban la falsedad de las hipótesis de Bossuet y de Vico. Tal es el defecto principal que vicia, por ejemplo, el sistema del teólogo prusiano Herder, según el cual la Omnipotencia dirige los acontecimientos en forma de tender constantemente a establecer el imperio final y absoluto de la razón y la justicia.

Pero no entraremos tampoco a exponer los que conceptuamos verdaderos principios de la ciencia social sin estudiar antes la más célebre de las hipótesis materialistas forjadas para suplantar a las teológicas. Queremos hablar de aquella que sustentada por Montesquieu en la primera mitad del pasado siglo, ha sido desarrollada en el nuestro por Buckle. Según esta hipótesis, la Historia carece de leyes propias y toda ella es obra de agentes propiamente físicos. Veamos cómo se ha llegado a esta conclusión y cómo se la puede tildar de errónea no obstante ser efectiva la influencia que dichos agentes ejercen en las sociedades.

Entre las causas, en efecto, que modifican el desenvolvimiento regular de las sociedades, los agentes físicos son realmente preponderantes y su influencia fue de antiguo notada. Fenómeno que se desarrolla en el seno de la naturaleza, la sociedad está, sometida a la acción de todas las leyes naturales; y precisada como vive a efectuar un cambio continuo de elementos con el mundo externo, adquiere a la larga en cada zona una fisonomía particular, impresa por el medio ambiente.

Por su propia naturaleza, estos agentes obran en la sociedad más bien indirecta y mediata que no directa e inmediatamente; propenden a desarrollar una aptitud para los sucesos más que a dirigir los sucesos mismos. Por eso su influencia sólo puede ser notada mediante una atenta observación, y cabe a Montesquieu el honor de haber incorporado su estudio en las ciencias sociales¹⁰.

Desgraciadamente aquel insigne autor se puso a estudiar dicha influencia meramente modificatriz, antes de conocer la acción moral de la fuerza predominante, tomando así las perturbaciones de una ley por la ley misma. Concretado, por otra parte, a estudiar exclusivamente un solo problema social, a determinar las causas filosóficas de las instituciones históricas, no podía tampoco notar la influencia colectiva e irresistible que los elementos de la

sociedad ejercen en la Historia ni descubrir, por lo tanto, la fuerza permanente y general en virtud de la cual se desarrollan los sucesos.

En error análogo incurrió por otros motivos la altísima inteligencia de Buckle, el cual conceptuamos ser el más ilustre sucesor del publicista francés. Según Buckle, el clima, la calidad de los elementos, el suelo y el aspecto físico de los países son las fuerzas que han hecho la Historia general de las sociedades. Donde las fuerzas naturales son más poderosas, dice, la producción espontánea es más abundante, más rápida la acumulación de riquezas, y más factible la organización de clases improductivas que destinadas a tareas meramente especulativas, impulsen el desarrollo del humano espíritu. Mas, en virtud del mismo vigor de las fuerzas físicas, una vez alcanzado este primer grado de cultura, el hombre se siente dominado por la naturaleza y se muestra incapaz de mayor adelantamiento.

A la inversa, continúa, donde los agentes físicos son más débiles, el primer paso es más difícil, pero como la naturaleza misma es allí más dócil, el desarrollo posterior de la civilización es menos costoso.

Concluye, por último, que en Asia el hombre es abrumado por la naturaleza; que en Europa la naturaleza ha sido dominada por el hombre, y que si lo dominante es lo principal, el estudio de la historia asiática se debe empezar por el del orden físico, y por el del orden moral el de la historia europea. Fraccionada así la humanidad en dos partes sujetas a leyes especiales, el autor se empeña a continuación en demostrar que el desarrollo del espíritu humano es la causa primordial de la historia de Occidente.

Buckle desenvuelve su teoría histórica con suma erudición e ingenio; pero no alcanza a librarla de la tacha de materialismo con que se la puede tildar por su intento de sujetar los fenómenos sociales, no ya a la mera influencia, sino al imperio absoluto de leyes propiamente físicas. Mucho más que Montesquieu parece creer Buckle, como se ha dicho del primero, que la naturaleza humana es una materia esencialmente plástica, apta para reproducir pasivamente las impresiones externas.

Mas, es principio general de la filosofía de las ciencias que cada orden de fenómenos se rige por leyes peculiares en forma que ni la química puede explicar los de la biología, ni la física los de la sociología. La influencia, por tanto, que las leyes de un orden cualquiera ejercen en los fenómenos de otro orden tiene que ser meramente modificatriz y en caso alguno puede ser determinante. Si fuesen los agentes físicos los que hacen la Historia, no veríamos habitar bajo de un mismo clima pueblos sobre manera diferentes, y que en Asia donde el indígena vive dominado por la naturaleza, el europeo ha sabido imponerse a ella. Estudiando la historia de los elementos sociales, descubriríamos igualmente en tal caso que el origen y el desarrollo subsecuente de la propiedad, de la familia, de las creencias, del Estado, etc., han sido en Asia sustancialmente diferentes de lo que han sido en Europa, cuando la etnología nos enseña, por el contrario, que en todas partes han pasado por unas mismas fases esenciales y han estado sujetos a unas mismas leyes generales.

Luego bajo todos los climas rige un mismo principio: bajo todos, la naturaleza domina en absoluto o es hasta cierto punto dominada según que el hombre posea o no los medios de subordinarla en parte a su imperio. La mayor o menor influencia que los agentes físicos ejercen en Europa y en Asia no prueba que la historia de uno y otro continente esté sujeta a leyes diversas; solo prueba que las causas modificatrices son más poderosas allá; y que la industria y la ciencia, medios de dominar al mundo, están más desarrolladas acá.

RENOVACIÓN DEFINITIVA DE LA HISTORIA. INTRODUCCIÓN EXPLICATIVA.

De la exposición que inmediatamente precede, se infiere que en los dos últimos siglos se han hecho por altísimos ingenios notables y no pocas tentativas para constituir la ciencia y la filosofía de la Historia.

Infiérese, igualmente, que de ellas las que dejamos estudiadas han fracasado, sobre todo, por haber pretendido explicar los fenómenos sociales, atribuyéndolos a causas extrañas a la sociedad misma; lo cual tanto vale como pretender explicar la mecánica en virtud de causas extrañas a las fuerzas, o los fenómenos físicos en virtud de causas extrañas a la física.

Infiérese, por último, que salvo Buckle, los autores citados se imposibilitaron a sí mismos para descubrir las leyes sociales por haber estudiado las sociedades como cuerpos simples; por no haber tomado en cuenta al hacer tales estudios, y esto muy imperfectamente, más que el respecto político-militar de ellas, por no haber analizado, en fin, los elementos sociales a efecto de poder notar su recíproca y simultánea influencia.

Llegados a este punto de nuestra tarea, nosotros podríamos darla por terminada, quedando convencidos de que en las dos partes anteriores hemos manifestado por qué se rehace la Historia y cuales serian las condiciones de su renovación definitiva. Al hacer, en efecto, la crítica de los grandes sistemas históricos, hemos cuidado de enunciar, siquiera haya sido brevemente, aquellos principios que a nuestro juicio debieran servir de norma para fundar la ciencia y la filosofía de la Historia.

Nos sentíamos, así mismo, tentados a poner en este punto remate final a nuestro trabajo por cuanto la parte que sigue habrá de ser de suyo la más delicada, la más ocasionada a errores, aquella para cuya dilucidación sentimos más débiles nuestras fuerzas. Porque, en efecto, fue siempre mucho más fácil el papel de crítico que el de autor, y para notar los defectos de que una obra adolece se requiere mucho menos preparación que para componerla.

Llegamos, pues, nosotros a exponer nuestro sistema histórico, que es el de los más grandes pensadores contemporáneos, no con la pretensión de haber encontrado la verdad absoluta, sino con la creencia de que tenemos



en nuestra mano la verdad relativa, esto es, con el convencimiento de que nuestra hipótesis, aun cuando más tarde se demostrara ser errónea, es hoy por hoy la más propia para satisfacer a los ingenios más doctos en estas materias.

OBRAS DE VOLTAIRE Y GOGUET

Lo que más dificulta al descubrimiento de las verdades sociológicas es la suma complejidad de los fenómenos históricos, complejidad que apega el espíritu a lo particular y a lo accidental y no le permite elevarse a lo general y permanente. De aquí proviene que aun entre los autores que han notado esta complejidad (ya sabemos que los más han estudiado las sociedades como si fuesen cuerpos simples) son poquísimos y contados aquellos que han conseguido desligarse de lo concreto para ascender a lo abstracto.

Dos pensadores del siglo pasado, por ejemplo, Voltaire y Goguet, parecen haber notado la intrínseca complejidad de la sociedad humana, y en su *Ensayo sobre las costumbres y el carácter de las naciones* el primero, y en *El Origen de las leyes, de las artes y de las ciencias* el segundo se propusieron estudiar el desarrollo de todos los elementos sociales. Son estas dos obras quizás las primeras que acometieron sistemáticamente el estudio íntegro de las sociedades, y en la historia del espíritu humano merecen mencionarse con honor por haber abierto nuevos campos de investigación a los historiadores.

No obstante, faltos los autores de toda idea general sobre las causas del desarrollo mismo, aquellas obras carecen, a semejanza de las historias comunes, de verdadero carácter científico; son simples compilaciones de datos sin explicación racional alguna; y aun cuando contienen algunas nociones particulares de no poco valor, ambas han servido más para fijar nuevos rumbos a las investigaciones que para ejemplos de la manera como ellas deben hacerse.

Toda ciencia abstracta, en efecto, es una exposición de ciertas leyes naturales que rigen un orden determinado de fenómenos, y una ley se dice existir cuando hay relaciones permanentes de coexistencia o de causalidad que los ligen. Entre tanto, en las obras de Voltaire y Goguet no aparecen determinadas esas relaciones; y las instituciones, las industrias, las artes, los inventos, los descubrimientos parecen ser obra del acaso o creaciones arbitrarias de tales o cuales personajes.

Principio fundamental de la nueva ciencia debe ser, por el contrario, que los fenómenos sociales, a semejanza de todos los fenómenos naturales, están sujetos a leyes de carácter general.

El acaso, que es lo accidental, y la voluntad, que es lo arbitrario, no bastarán a explicar, para ningún entendimiento docto, por qué la difusión de la religión cristiana, la organización del feudalismo, la conversión de la esclavitud en servidumbre, la emancipación municipal, la de los siervos, el robustecimiento de la autoridad real, la revolución religiosa y el establecimiento del régimen constitucional se han efectuado con diferencia de pocos años simultáneamente en todas las naciones europeas. La esencial unidad de la Historia en tantas naciones que parecen radicalmente diversas, prueba que ella se ha desarrollado en virtud de causas generales, causas que surten en todas partes unos mismos efectos siempre que se encuentran reunidas unas mismas circunstancias.

DEL MÉTODO POSITIVO O EXPERIMENTAL.

Para llegar a fundar una ciencia cualquiera, es indispensable adoptar previamente un método adecuado a la naturaleza y a las dificultades peculiares de una operación tan delicada.

Desde luego, aun cuando la inducción y le deducción no forman, completándose recíprocamente, más que un solo y mismo método, el espíritu no puede preferir arbitrariamente para empezar las investigaciones, uno u otro procedimiento, por más que se reserve verificar por medio de éste las conclusiones que haya obtenido por medio de aquél.

El malogrado Buckle dedicó uno de los más admirables capítulos de su Historia de la Civilización en Inglaterra, a poner de manifiesto que en aquellos pueblos donde predomina la metafísica, se ha seguido casi exclusivamente el procedimiento deductivo; y que en aquellos donde predomina el espíritu político, se ha seguido principalmente el método inductivo.

Los peligros, pues, a que uno y otro procedimiento son ocasionados cuando se les emplea aisladamente denotan que no puede ser indiferente ni arbitrario empezar las investigaciones por uno u otro, porque antes de que la verificación llegue a rectificar los errores, puede suceder que éste haya inducido al espíritu en un idealismo incorroborable, o aquel, en un miope y anticientífico empirismo.

Para todo el que conozca la filosofía de las ciencias, siquiera sea elementalmente, es, por ejemplo, evidente que la simplicidad de las matemáticas se presta más al método deductivo, porque en ellas hay pocos hechos que generalizar y muchas generalizaciones que desarrollar.

Por el contrario, la complejidad de las ciencias superiores, cuales son, la biología y la sociología, requiere con preferencia el empleo del método inductivo, porque en ellas cada generalización se funda en un gran número de hechos y cada hecho nuevo modifica más o menos profundamente la generalización respectiva.



Por otra parte, si toda deducción supone una inducción previa que sirva de premisa mayor, como lo han demostrado los más notables lógicos contemporáneo¹¹, es evidente que el procedimiento deductivo no se puede emplear sino en las ciencias ya fundadas, donde hay ya inferidas algunas generalizaciones; y que, por la inversa, cuando se trata de fundar una ciencia, el único procedimiento posible es el inductivo, esto es, aquel que del estudio de los hechos asciende a la inferencia de las generalizaciones. En lo posible, dice Comte, se debe preferir la deducción para las investigaciones especiales y reservar la inducción para la investigación de las solas leyes fundamentales¹².

Pero si la inducción es de todo punto indispensable para fundar las ciencias, la deducción lo es casi en el mismo grado para desarrollarlas; y la inferencia de una sola generalización, por vía inductiva; torna aplicable y aun necesaria, para el adelantamiento de las investigaciones, el empleo del procedimiento de aplicación, o deductivo. Como se ha observado en repetidas ocasiones, la astronomía suministra el más bello ejemplo de cómo una ciencia fundada inductivamente se desarrolla deductivamente, porque desde el día en que se descubrió la ley de la gravitación universal, todos los adelantamientos de esta ciencia se han efectuado mediante deducciones cuya premisa mayor es aquella verdad¹³.

En uno y otro caso, sin embargo, para que el método dé resultados positivamente científicos, es menester que las verdades descubiertas por uno de los procedimientos sean comprobados por el otro; y antes de la comprobación, no pueden considerarse más que como simples hipótesis.

Las deducciones se verifican por medio de operaciones inductivas, y por medio de operaciones deductivas las inducciones. El transformismo es el más notable caso que se puede citar de una inducción que no ha podido ascender de la categoría de simple hipótesis porque no obstante fundarse en más hechos que cualquiera otra teoría científica, carece de certeza a causa de que todavía no ha podido ser comprobada deductivamente.

La perfección lógica, entonces, que es menester buscar siempre aun cuando no siempre sea realizable, consiste en confirmar por una de estas vías lo que es afirmado por la otra¹⁴; y si ambos procedimientos son ocasionados a errores cuando se les emplea aisladamente, es claro que los dos, que se completan y rectifican recíprocamente, no forman más que un solo y mismo método, el método positivo, que es el único adaptable a las investigaciones científicas.

Tal es el que seguiremos nosotros, y no el meramente intuitivo de la metafísica, para descubrir las causas o leyes de la Historia.

FUERZAS NATURALES DE ACCIÓN Y DE PERTURBACIÓN.

¿Pero existen en realidad estas causas o leyes generales? Acaso el humano albedrío, que altera los acontecimientos, no se opone a la existencia de ellas?

Para que una ley, esto es, para que un hecho general exista, sólo se requiere que haya una fuerza constante capaz de realizarlo siempre que las circunstancias lo permitan.

Estas fuerzas se llaman atracción universal en astronomía; pesantez, electricidad, calor, etc., en física; afinidad, en química; vida, en biología, y (se pretende) sociedad, en el orden súper-orgánico.

Todas estas causas ocasionan efectos determinados en determinadas condiciones; pero si las condiciones cambian, es claro que los efectos mismos se alteran aun cuando la fuerza permanezca, como en realidad permanece, absolutamente invariable.

Ahora bien, las condiciones no pueden cambiar sino por obra de fuerzas extrañas; y de consiguiente, las irregularidades de tal o cual fenómeno no deponen contra la existencia de tal o cual ley sino que atestiguan la interposición de una fuerza extraña.

Cuando el hombre niega o desconoce la existencia del orden social porque nota las irregularidades que con su voluntad arbitraria causa en la forma u oportunidad de los acontecimientos, no obstante observar en la historia que el desarrollo fundamental de ellos continúa imperturbable.

Según las nociones expuestas mas arriba, la aparente irregularidad de los fenómenos sociales no obsta a la existencia de la ley natural; y el conflicto se resuelve con solo pensar que la voluntad es un agente o fuerza natural como cualquiera otro.

Entre la acción que unos agentes ejercen sobre otros y aquella que la voluntad ejerce sobre todos, no hay más diferencia que la de ser ciega la una, reflexiva la otra. Pero como quiera que sea, todos obran más o menos eficazmente sobre la sociedad y sobre la naturaleza, introduciendo éstas perturbaciones mas o menos graves en los fenómenos sujetos fundamentalmente a la acción de aquellos, sin que las irregularidades causadas por unos depongan contra la existencia de los otros. En suma, el sentido positivo de la voz necesidad, inherente a toda ley natural, solo implica que los fenómenos generales se efectuarán indefectiblemente si no se interpone una causa extraña que los estorbe o modifique; y el humano albedrío aun cuando perturba su desarrollo, no obsta a la existencia de las leyes que lo rigen¹⁵.

APUNTES

LA LIBERTAD DEL ALBEDRÍO Y LA NECESIDAD DE LAS LEYES SOCIALES.

De lo dicho se infiere que si no en el sentido absoluto de la metafísica, sí en el sentido relativo de la ciencia, el libre albedrío puede coexistir perfectamente con las leyes naturales, sobre todo, con las leyes sociales que según un principio de filosofía general, deben ser las más modificables.

Pero hasta ahora hemos discutido el punto indicado exclusivamente en abstracto; y entre tanto, para corroborar la compatibilidad de ambos fenómenos, sería menester observar la coexistencia de la libertad y la necesidad en los mismos sucesos sociales que (se pretende) están simultáneamente sujetos a la voluntad arbitraria y a la ley inmutable.

Para efectuar esta comprobación, autores varios de universal nombradía han sabido valerse de la estadística¹⁶; porque aun cuando ella no es en manera alguna, como ciertos empíricos se lo imaginan, la verdadera ciencia social, es una compilación sistemática de datos indispensable en todo estudio social de carácter experimental. Es en la estadística donde, prescindiendo de la historia, más claramente se puede observar la resultante general de las acciones libres del hombre. Es allá donde más de relieve se destacan las causas generales que ocasionan los acontecimientos en cuya realización interviene la acción de la voluntad humana.

Con todo, habiendo nosotros dilucidado este mismo punto en un trabajo análogo relativo a la constitución de la ciencia política, creemos que nos es lícito remitirnos a él para lo que atañe a las comprobaciones estadísticas¹⁷; y reservar las pocas páginas de que podemos disponer dentro de los límites que nos hemos fijado, para determinar por otros medios la existencia de las causas o leyes sociales.

En todo caso, las observaciones apuntadas sobre la manera de fundar la ciencia social, nos autorizan ya para decir, sin que se nos tilde de exagerados, que las historias comunes, donde se estudian hasta las más pueriles anécdotas de los hombres, meros agentes morales, y nada o poco a la sociedad, causa primera de los fenómenos, están compuestas derechamente como para estorbar que se llegue a descubrir el principio de la regularidad social.

Cuando se pinta, verbigracia, a Napoleón I dictando y abrogando códigos, aboliendo y restaurando instituciones, fundiendo y deshaciendo coronas, estrangulando la más formidable revolución de la historia, y desbaratando la más terrible coalición de los intereses y elementos reaccionarios; es para muchos obvio que la política napoleónica se redujo a un juego caprichoso, inspiración de un genio tan desordenado como ambicioso, sin antecedentes históricos en lo pasado, sin explicación social en lo presente. La felicidad con que aquel hombre extraordinario realizaba tamañas cosas, cosas que de ordinario no se pueden realizar sino por muchos hombres y en muchos años de labor, es para los observadores superficiales signo indubitable de que no existen leyes sociales que ligen la voluntad.

Por lo menos, se piensa, si ellas existen en absoluto, es lo cierto que la voluntad de Napoleón I las violó arbitrariamente y obró como si ellas no existieran. Porque contra los antecedentes históricos, que vinculaban el gobierno a una clase privilegiada, y contra las circunstancias sociales, que consagraban la república, él, simple plebeyo, logró fundar un imperio autocrático, poner el pie sobre todas las testas coronadas y convertirse en amo y árbitro de la Europa.

Por su parte, los historiadores han dado pábulo y alimento a esta preocupación contra la existencia de las causas sociales echándose a buscar en los actos más insignificantes de aquel hombre antes que en el estado social, en los más nimios detalles de su infancia antes que en los antecedentes históricos, y en las más banales palabras que pronunció hacia una época en que evidentemente no pensaba ni podía pensar en llegar a ser lo que fue y a hacer lo que hizo la explicación de sus victorias, de sus empresas, de su Política, de su gobierno, de su prepotencia y de la historia misma de Francia bajo de su dominación.

Bástenos hacer notar que aquel que en un tiempo fue amo de la Europa llegó a morir proscrito e impotente en una isla desierta; y esta sola observación mostrará que si tanto pudo en una época de su vida, es porque lo que hizo no dependió de su voluntad aun cuando de su voluntad dependieran hasta cierto punto la iniciativa y la adopción de los medios. Prepotente, en efecto, mientras obró como agente de las aspiraciones sociales y contó con el favor de las circunstancias, los acontecimientos mismos se encargaron de probar cuán nula es la voluntad, aun la voluntad más resuelta, cuando se propone obrar contra ellas o sin ellas. Él cayó en el momento mismo en que la sociedad que lo había alzado sobre sus hombros, gastada por la pérdida anual de 100,000 hombres en la guerra, no pudo seguir sosteniéndole y le abandonó. Sí, pues, una voluntad tan enérgica como la de aquel hombre no pudo impedir que la historia siguiese su curso regular de acciones y reacciones, es porque la fuerza individual no puede luchar contra las fuerzas sociales.

Este mismo caso nos demuestra ser tan insignificante la parte proporcional con que cada hombre contribuye a la realización de los fenómenos sociales, que él puede conservar íntegra la libertad de su albedrío para ver violar deliberadamente las leyes sociales sin que por eso se perturbe el orden general.



Dispusiéramos nosotros de suficiente extensión, y entonces podríamos multiplicar los ejemplos y probar, aduciendo otros de diversas clases, que todos los acontecimientos son obra de las circunstancias sociales; y que por tanto, para explicárnoslos, vale mucho más estudiar el desarrollo y el estado actual de los elementos componentes de la sociedad que la acción política de tales o cuales personajes.

Así mismo, manifestaríamos que en todas partes donde se hacen sentir verdaderas necesidades sociales aparecen indefectiblemente hombres dispuestos a satisfacerlas; que si estos fallan o sucumben, tarde o temprano son subrogados por otros, y que de consiguiente, la voluntad humana concurre al desarrollo de los sucesos solo en calidad de agente, como agente sin duda indispensable, pero no como causa determinante. A la luz de esta filosofía, brilla la fuerza superior que conserva y desarrolla los elementos sociales sin que la voluntad sea parte a alterar el curso general de los sucesos, hasta el punto de que la historia entera de la humanidad se podría escribir fácilmente sin mencionar un solo personaje, con solo exponer para explicar los acontecimientos las causas generales que los han ocasionado. Es, por ejemplo, lo que en general está haciendo a la sazón el historiador alemán Rancke.

Esta ley en virtud de la cual los fenómenos sociales se suceden ligados a la vez por relaciones de coexistencia y de causalidad es la que se ha apellidado por Augusto Comte Ley del desarrollo social o de la filiación histórica¹⁸. Ella es el fundamento de la sociología, la explicación de la Historia y aun (podríamos demostrarlo) la verdadera norma de la política. Su teoría fue expuesta por aquel altísimo ingenio con suma sagacidad filosófica y es seguida al presente con mayor o menor fidelidad por todos los etnógrafos y sociólogos de nota. Aun muchos pensadores que impugnan el positivismo como sistema filosófico, pero que aceptan la posibilidad de convertir la Historia en ciencia, juzgan que esta ley es un gran descubrimiento científico y que ella puede servir de luz para estudiar los sucesos¹⁹.

Por nuestra parte, ya que la ley indicada está sirviendo de clave para interpretar la Historia y de fundamento para renovarla, queremos completar su exposición con algunas someras observaciones a intento de fijar con exactitud el sentido que se debe dar a su teoría y de refutar algunas de las objeciones más corrientes. Sea que se acepte o no este sistema histórico, no se dejará de reconocer que él es causa o más bien, guía de las más trascendentales modificaciones que la Historia recibe en nuestros días; y por lo tanto, su exposición, que habríamos deseado ahorrarnos, explica la última y acaso definitiva renovación de aquella ciencia y completa la dilucidación del tema universitario.

LA ESTÁTICA Y LA DINÁMICA

La primera observación que hemos de hacer es que la sociología se debe entender dividida, a semejanza de la astronomía y de la biología, en dos partes fundamentales, a saber la estática y la dinámica²⁰.

La estática es como la anatomía del organismo social, y determina y estudia en especial todos los elementos que lo componen, la familia, la propiedad, el Estado, las instituciones, las artes, las ideas etc. Por su propia naturaleza, aquella determinación y aquel estudio deben hacerse en las sociedades más cultas, donde los elementos están más desarrollados y más especializados, y es más fácil por lo tanto distinguirlos y clasificarlos.

Igualmente estudia la estática la complejidad y recíproca influencia de todos los elementos sociales. Es ella la que nos demuestra que no existen fenómenos puramente morales, o puramente políticos, o puramente económicos, porque todos se afectan y modifican recíprocamente y todos son en realidad y en suma fenómenos propiamente sociales. De esta manera, el economista que querría resolver todos los problemas políticos, por ejemplo los de la beneficencia, del proteccionismo y de la instrucción pública, sin atender más que al respecto económico, yerra según esta ciencia porque no toma en cuenta más que uno solo de todos los aspectos sociales.

Por lo que toca a la dinámica, ella es como la fisiología de las sociedades y tiene por objeto estudiar el desarrollo de los elementos sociales. Particularmente se puede estudiar en ella la influencia que los personajes históricos han ejercido en el desarrollo social y la manera como lo han impulsado, retardado o perturbado, e inferir de tal estudio conclusiones de gran trascendencia política.

Es también la dinámica la que nos enseña como todos los grandes acontecimientos, la caída de unos imperios, los cambios de instituciones, la difusión de las religiones, los descubrimientos de la ciencia, etc., se preparan con siglos de anticipación; y por tanto, es absolutamente irracional empezar la historia de un suceso por el suceso mismo.

Pero la radical imperfección de las historias corrientes se comprenderá mejor notando que en ellas se trata exclusivamente de los sucesos, siendo así que en todo sistema orgánico es imposible explicar o comprender la parte dinámica antes de haber estudiado y comprendido la parte estática.

Así mismo, se verá con claridad ahora por que la acción humana no explica los acontecimientos, pues si al desarrollo histórico no es obra de tales o cuales hombres, si es por el contrario la resultante de todos los elementos sociales, ya se infiere que cuando se estudian los actos de estos o aquellos personajes, no son las leyes o causas generales las que se llega a conocer, sino una fuerza particular que propende constantemente a modificarlas²¹.

APUNTES



LA LEY DEL PROGRESO

La segunda observación es que no se ha de confundir la ley natural del desarrollo social con la ley meramente empírica del progreso. Sin duda, el examen atento de la evolución social, dice Littré, manifiesta que ella propende a hacer prevalecer el saber contra la ignorancia, la fuerza intelectual contra la fuerza física, las ideas generales sobre las ideas particulares, las nociones de justicia contra las de egoísmo, la razón contra las pasiones²². Sin embargo, aun cuando el desarrollo social propende a mejorar a la larga las condiciones económicas, morales e intelectuales de la humanidad, puede suceder muy bien que no se llegue a obtener un mejoramiento definitivo sino a costa de un transitorio empeoramiento.

De consiguiente, para juzgar con acierto los sucesos históricos, el historiador debe cuidarse muy especialmente de no dejarse llevar por un ciego optimismo y de no olvidar jamás su papel de imparcial expositor de los fenómenos y de sus consecuencias. So pena de convertir la Historia en una eterna apología, en una continua sanción de todos los errores y de todos los crímenes, él debe adoptar un criterio elevado para juzgar a los hombres por sus intenciones, y por sus resultados sociales a los acontecimientos, en forma que lo pasado sirva de lección y ejemplo a la moral y a la política.

COMPLEJIDAD DE LAS CAUSAS SOCIALES

También se ha de tener presente al determinar las causas de los sucesos que todas ellas no forman en realidad más que una sola gran causa, cual es, la sociedad.

Es, en efecto, el estado social de cada época la causa que ocasiona todos los acontecimientos contemporáneos, y cada estado social es obra de toda la vida precedente de la sociedad misma.

Y erran, por tanto, gravemente aquellos autores que atribuyen todo el desarrollo social a una clase especial de causas. Sin duda alguna, porque el desarrollo de todos los elementos sociales se opera mancomunadamente, puede dar el estudio de uno solo idea de las alternativas de todos los demás. De aquí proviene que algunos investigadores que han estudiado la historia económica de los pueblos han podido explicarse todo el desarrollo social atribuyéndolo a la industria. Otros que han estudiado la historia religiosa se lo han explicado atribuyéndolo a la religión. Unos pocos que han estudiado la historia militar lo han atribuido al militarismo; y las más comunes obras históricas, que son meramente políticas, lo atribuyen a los gobiernos. Mas, el verdadero sociólogo es aquel que determina todas

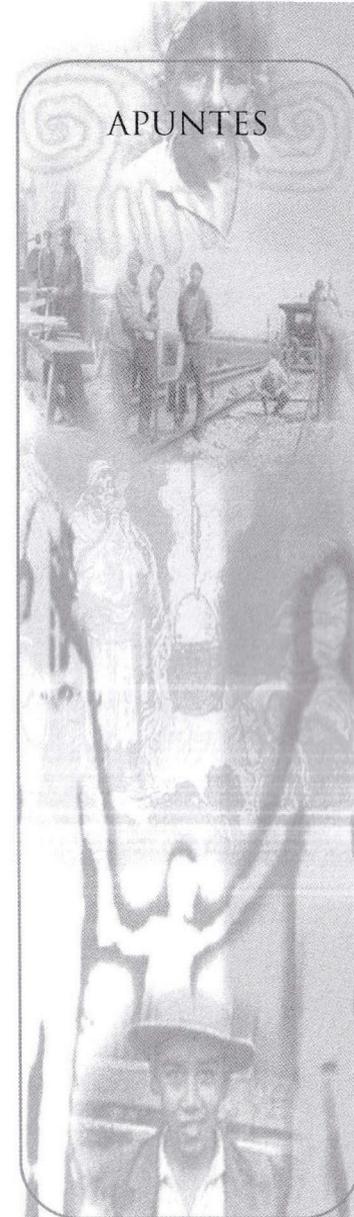
las influencias que causan el desarrollo social y que, por lo mismo, estudia la acción de todos los elementos para explicarse la historia de cada uno.

Yerran, igualmente, aquellos historiadores que al estudiar los sucesos confunden las causas ocasionales y aun las pretextativas con las causas realmente determinantes. Aquel falso aforismo propalado por Voltaire, que pequeñas causas surten grandes efectos, proviene justamente de una incompleta observación de los antecedentes históricos que lleva a confundir la ocasión o el simple pretexto de los sucesos con sus causas verdaderas y más profundas. Así es como se cree y se escribe y se enseña que la reforma religiosa del siglo XVI fue promovida porque Lutero deseaba abolir el voto de castidad para casarse con una monja, o porque no se renovó a su orden el privilegio de vender indulgencias; y para muchos es punto incuestionable que la revolución inglesa fue suscitada por la negativa de John Hampden a pagar el impuesto sobre los navíos. Semejantes nimios incidentes no explican en manera alguna los grandes acontecimientos a que aludimos, aun cuando expliquen la actitud o la participación de tal o cual personaje. Para quien conoce las causas sociales de aquellos sucesos, ellos se habrían efectuado con Lutero o sin Lutero, con Hampden o sin Hampden; y las consecuencias que ellos tuvieron prueban, en efecto, que el estado social estaba tan bien preparado para tales revoluciones que simples pretextos bastaron a enardecer y sublevar los ánimos y a precipitar irresistiblemente los acontecimientos.

LIMITACIÓN DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

La última observación que nos proponemos hacer es que dentro de este sistema no hay tampoco inconveniente lógico para que el historiador, una vez posesionado de las leyes generales de la humanidad, se limite a estudiar los elementos sociales y los sucesos históricos de un solo Estado.

Se debe proceder en Historia como intentó escribirla Buckle, tratando de averiguar en primer término las leyes generales del desarrollo social para entrar en seguida (proyecto que una muerte prematura dejó interrumpido) a estudiar el desarrollo particular de la civilización británica.



Hemos llegado a término.

De las observaciones apuntadas, se infiere en resumen que la Historia se ha rehecho de continuo porque se han forjado muchos sistemas para escribirla; y se han forjado muchos sistemas, porque todavía no se había descubierto el único en conformidad al cual era dable convertirla en ciencia.

Todos los órdenes de estudio han estado igualmente sujetos a experimentar renovaciones análogas hasta que la ciencia ha fijado la forma definitiva. Según hemos demostrado más arriba, el espíritu humano no ha llegado jamás en acto primo a la verdad; y el desarrollo de la inteligencia ha sido esencialmente gradual. Todo sistema definitivo supone la existencia anterior de uno o más sistemas provisorios; y antes de descubrir cualquiera teoría científica, se han forjado numerosas hipótesis, de las cuales las menos se han incorporado en la Historia, las más han quedado sepultadas en el cerebro de los que las escribieron sin haber alcanzado a salir a luz, y todas han servido de peldaños indispensables para ascender a la verdad positiva.

Aquella antigua sentencia, que el espíritu humano es impotente para llegar por sí solo a la verdad, tuvo algún prestigio justamente porque fue formulada en Época en que casi todos los conocimientos humanos se encontraban en estado de hipótesis; hipótesis metafísicas que propias para demostrar recíprocamente su falsedad, no lo eran en manera alguna para explicar las causas reales del mundo y sus fenómenos. Pero al presente, estudiando en conjunto el desenvolvimiento intelectual de la sociedad, vemos que todos esos errores fueron necesarios para llegar a la verdad, y que los pueblos que no erraron, no la descubrieron nunca por sí solos ni cooperaron absolutamente en la construcción del magnífico edificio de la ciencia y la filosofía,

En las páginas precedentes, nosotros hemos expuestos aquellos principios generales que a juicio de los más altos ingenios contemporáneos, han de servir de norma para convertir en ciencia la Historia; y aun cuando ellos pudieran parecer erróneos o prematuros, creemos que no por eso sería lícito desechar la hipótesis misma si todavía no ha sido desmentida por los hechos o no se ha forjado otra de carácter más positivo.

Método propio, fenómenos especiales, leyes generales, orden regular, en una palabra todo aquello que constituye una ciencia ha sido descubierto por Augusto Comte en la Historia. No le falta ni aun la aplicabilidad social, como les falta necesariamente a los sistemas metafísicos; y sus conclusiones guían al político y se afianzan y corroboran en la práctica.

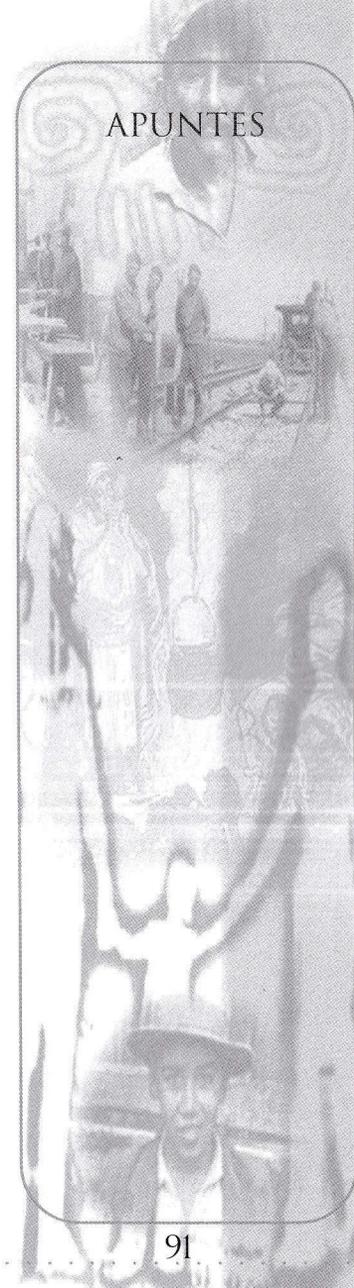
Siguiendo el espíritu de la nueva ciencia, los más grandes tratadistas políticos de nuestros días, Mill, Lyall, Sumner Maine, Spencer, Giraud-Teulon, Fustel de Conlanges, Laveleye, etc., no tratan ya de determinar el origen de las instituciones por medio de una operación abstracta del espíritu, sino que las estudian tales cuales son en las sociedades primitivas, observan su desarrollo histórico en las más adelantadas, indagan las afinidades que existen entre la política y el estado social y propenden con espontánea mancomunidad a fundar en la sociología la ciencia general del Gobierno.

Por lo demás, aun cuando prescindamos de la filosofía social de Comte, se comprende, en abstracto, que una vez reconstituida científicamente la Historia, ella podrá ser, a semejanza de las otras ciencias, aumentada con los nuevos descubrimientos de los sociólogos, pero no rehecha en aquella parte que comprenda las verdades fundamentales y positivas. El arte pedagógico, a su turno, podrá ensanchar o reducir los textos de Historia para darles la extensión que los planes de estudio y los métodos didácticos requieran. Pero sea que se escriba en un solo volumen o en varios, los principios o más propiamente hablando, las conclusiones de la ciencia de la Historia permanecerán invariables a título y a guisa de adquisiciones definitivas del espíritu.

En todo caso, la obra de Augusto Comte se distinguirá brillantemente por su profunda y nobilísima tendencia a operar la asimilación de la ciencia y la filosofía. A veinticinco siglos que Sócrates las separó porque en su tiempo, dice Littré²³ las explicaciones físicas no abarcaban los fenómenos del orden moral, y las ciencias naturales adquirirían tal consistencia que no se sentían bien avenidas bajo el imperio de las hipótesis metafísicas. Pero esta distinción tenía que ser esencialmente provisoria, por cuanto la verdadera filosofía no es más que una ciencia general, y cada ciencia especial no es más que una filosofía particular. Cuando, pues, se hubo reducido a ciencia el estudio de todos los fenómenos físicos y orgánicos, lo único que faltaba para operar la asimilación era incorporar el orden social en el orden natural, y esa labor preparatoria quedó acabada el mismo día en que se descubrió la ley natural de la filiación histórica.

Mediante esta ley, la sociología se funda en base inconvencible, explica el desarrollo de todas las religiones, de todos los sistemas metafísicos, de todas las ciencias; resume en sí, por consiguiente, todos los conocimientos humanos, adquiere espontáneamente todos los caracteres de una verdadera filosofía general, y se ennoblece. Se dignifica y se convierte en la Biblia por excelencia de la humanidad. El historiador mismo, que no puede ya escribir la Historia sin una profunda y general preparación científica, torna a ser lo que fue en los primitivos tiempos, el gran custodio de todo el pensamiento humano, y el supremo sacerdote de ese gran ser, la humanidad, a cuya admiración contemplativa se encuentra por el estudio naturalmente consagrado.

En suma, a la pregunta: ¿por que se rehace constantemente la Historia? contestamos: porque todavía no ha sido convertida en ciencia.



¹ Este fragmento ha sido tomado del texto del mismo nombre publicado por la Imprenta “La Libertad Electoral”, Santiago, 1888, y corresponde a extractos de la segunda y tercera parte. Se han conservado las citas tal como fueron realizadas en el texto original. (N. del E.)

² Este tema es desarrollado en la primera parte del texto y que no hemos incluido en este fragmento (N del E.)

³ San Agustín. “La Ciudad de Dios”, Lib. I, cap. VIII y sigs.

⁴ Buckle. “Hist. de la Civ. en Angleterre”.

⁵ Santo Tomas. “Summa Theol”. Vico, “Principios de una Ciencia Nueva”, etc.

⁶ Buckle. “Hist. de la Civ. en Angleterre”.

⁷ Mommsen. “Histoire Romaine”.

⁸ Herder.

⁹ El inventor de esta palabra, hoy usada universalmente, fue Augusto Comte. v. “Cours de Philosophie”, t. IV.

¹⁰ Montesquieu. “Espirit des Lois”.

¹¹ Stuart Mill. “Logique”. T. I. Liv. II. Chap y § 3. Chap III § 5 et 7. Bain. “Logique”. T. y Liv. y Chap III § 19 et Liv. II Chap IV § 3 et T. II Liv. III Chap X § 2.

¹² Comte. “Phil. Pos”. T VI Leç. LVIII, pág. 614.-Stuart Mill. “Logique” T. y Liv. II Chap. IV. § 5. et Chap. VI. § 1.

¹³ Bain. “Logique”. T. I. Liv II. Chap IV § 4. Stuart Mill. “LogiqueW” T. y Liv II. Chap IV § 6.

¹⁴ Comte. “Phil. Positive”. T. VI. Leç LVIII pág. 613.

¹⁵ Stuart Mill. “Logique”. T. II. Liv. VI. Chap II. § 3. Comte “Phil. Pos”. T. IV Leç. XLIX. pág. 351.

¹⁶ Quételet. "Système Social", Bain. "Logique". T. II. Liv. V. Chap VIII. § 23 -Quételet. "Sur l'Homme". Buckle. "Hist. de la Civ. en Angleterre". T. 1. Chap. I.- Stuart Mill. "Système de Logique". T. II. Liv. VI. Chap XI.

¹⁷ El presente opúsculo tenía varios acápites comunes con el otro, premiado en el certamen Varela, y que corre impreso bajo el rubro De la Ciencia Política en Chile. Para comprender el desarrollo de nuestras ideas sobre la ciencia de la Historia, se debe entender intercalada aquí la segunda parte del opúsculo aludido, parte que estudia la constitución de la ciencia Política. De los acápites publicados en él no reproducimos ahora sino aquellos cuya lectura es absolutamente indispensable para la inteligencia de nuestras conclusiones.

¹⁸ Augusto Comte. "Cours de Phil. Pos"

¹⁹ Debemos mantenernos muy sobre aviso para no dejarnos influenciar en nuestros juicios sobre esta filosofía por algunas críticas que se han hecho de ella por autores que evidentemente no la conocen mas que de oídas. Así, por ejemplo, Castelar publicó ha tiempo en algún diario de Montevideo un extenso juicio sobre ella, y otro mis breve ha emitido un autor nacional en un texto de derecho natural que suele seguirse en los cursos universitarios. Pues bien, prueba irrefutable de que ni uno ni otro conocen ni por las tapas (la expresión es justa en este caso) la filosofía contra la cual enderezan sus mandobles es que el uno la atribuye a Comte y el otro a Conte; autores para nosotros que la hemos estudiado absolutamente desconocidos.

²⁰ Augusto Comte. "Cours de Philosophie Positive". T. IV.

²¹ Obra nacional notable, compuesta con verdadera tendencia científica es la de don Miguel L. Amunátegui, Precursores de la Independencia de Chile, en la cual se trata de estudiar aquel estado social del coloniaje que independientemente de la acción de los padres de la revolución la preparó, la provocó y la hizo necesaria.

²² Littré. "Opúsculos de filosofía Positiva", trad. por Valentín Letelier. Copiapó 1878.

²³ Littré. "Opúsculos citados".

